

EL PAISAJE ANDALUZ EN LA OBRA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Por José CHAMORRO LOZANO

I

UN SENSITIVO

“**N**UESTRO poeta es un hombre chiquito; tiene la cabeza pequeña, redondita, y en ella destacan unos ojos luminosos y una boca de labios delgados. Su retrato da la impresión de una sensibilidad hiperestesiada. Es nuestro poeta uno de esos hombres tímidos y fogosos a la vez, uno de esos temperamentos silenciosos y delicados que vibran fuertemente a los contactos del mundo exterior. No hay otro tipo como él en Castilla... Otros poetas, como Garcilaso, han sido refinados y cultos; en sus versos han puesto la quinta esencia italiana; sus conceptos amorios han ido entremezclados de breves paisajes. Fray Luis de León ha sido fogoso e impetuoso; tiene el ardimiento y la elocuencia de un pagano; a veces como en la primera *Oda a Nuestra Señora* llega a lo trágico en la expresión de sus dolores íntimos y de sus desesperanzas. Nuestro poeta, San Juan de la Cruz es mórbido, delicado, sensitivo. Ningún poeta castellano nos ofrece esta muestra de frágil morbidez. Entre la penumbra de los símbolos, el espíritu del poeta ondula, tiembla, gime, canta como un niño o como una delicada mujer. Hay momentos en que el lector de estos breves poemas permanece absorto, indeciso, desorientado, sin acertar a distinguir la trascendencia alegórica de la aparente realidad».

Hemos querido comenzar nuestro trabajo con estas palabras de Azorín, tan vivamente descriptivas como notoriamente desorientadas en orden al juicio tan amplio de la personalidad de San Juan de la Cruz. Estamos ante una figura histórica imponente de la literatura española, pero también ante una figura no menos imponente de la mística del mundo. Por eso las frases del maestro Azorín son intensamente descriptivas en orden a la realidad sensitiva del santo, pero acusan una derramada holgura en el juicio sobre su equilibrio afectivo y razonante. Juan de la Cruz abre sus ojos y su corazón a una inmensa caridad que acoge todo con el amoroso abrazo de su santa sinceridad. Es la bendita locura de un santo la que llena sus sentidos de gozo intenso, aún mayor cuanto más sencillez descubre en las cosas. Y no se entenebrece con penumbras de símbolos, ni graves preocupaciones literarias. En él hay un natural fluir estético, una maravillosa extroversión que nace de la fuente de su espíritu nutrido con generosa abundancia, pero con naturalidad, con franqueza expositiva, nada nublada de penumbras ni de oscuridades. Habrá una «Noche oscura», sí, pero no entenebrecida, una noche con oscuridades en las que se entrevé el parpadeo de las estrellas luminarias que siempre señalan el norte de la esperanza. Juan de la Cruz canta con ser natural y sencillo, con el reflejo áureo del amor de Dios que es el signo evidente de la gracia de los santos. Como San Francisco, que amaba a Dios y le veía a cada paso en su verdeante Umbría, en el hermano lobo y en la retozona alondra, así es nuestro santo. Pero en él quisiéramos puntualizar el gran equilibrio de su ser afectivo e intelectual. Intentémoslo.

El sentido cristiano de la naturaleza no contradice, antes bien, levanta a divinas vibraciones la emoción estética. La naturaleza, gusta en su inmanente y poética hermosura, es un pálido reflejo de la divinidad esplendente. «Si encantados los hombres de la belleza de tales cosas —escribe el inspirado autor del libro de la «Sabiduría»— las imaginaron dioses, debieron conocer cuanto más hermoso es el dueño de ellas, pues el que las crió todas es el *autor de la hermosura*. En el fondo del corazón de Juan de Yepes late un sedimento de esa emoción estética. Sus biógrafos más autorizados dicen que por razón de su temperamento, conocida su vida, resulta ocioso demostrar que en el espíritu del santo existían excelentes disposiciones naturales que le hacían apto para comprender y sentir los atractivos de la hermosura en cual-



Escultura de Francisco Palma Burgos, de San Juan de la Cruz, en el lugar en que estuvo enfermo el santo, en Ubeda

cristianos modernos encuentran las vivencias de su filosofía del amor en esa escuela de pensamiento y de emoción que el santo nos legó. ¿Es posible situar a San Juan de la Cruz en los bordes mismos de un sentimiento enfermizo, tan del gusto de la novela y la biografía modernas? No. Y por eso nos hemos atrevido a disentir del juicio literario de Azorín que parece desviarse hacia ese sendero.

San Juan de la Cruz tuvo visión de poeta para toda su mecánica expresiva, pero nunca su emotividad llegó a influir en la serena altura espiritual lograda por el esfuerzo intelectual y por el soplo de la inspiración divina. Un aspecto interesante de su serenidad es el de su elevado misticismo, en el que se mantuvo siempre en una precisión de conceptos y en un equilibrio ortodoxo, no fáciles por ser concebidos en medio de un ambiente infestado de excesos linderos con la herejía tales como el iluminismo y subiendo a elevadas cumbres como las del «Cántico espiritual» y la «Llama de amor viva», sin que sufra los vértigos de la angustia kirkegaardiana, ni los de un panteísmo demoleedor o los desmayos de un quietismo, como afirma su gran biógrafo P. Crisógono de Jesús. La gran diferencia de expresión mística entre San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, reside precisamente en la cualidad intelectual del Santo y la prodigiosa realidad intuitiva de la santa. De aquí que al santo de Fontiveros hayamos de enjuiciarlo partiendo de una rigurosa disciplina intelectual, de un esquema de verdades, de un sistema doctrinal que —¡oh gran misterio de la esotérica vivencia cristiana!— se construye por y sobre el amor. Porque el espíritu del hombre no puede prescindir de la belleza y menos cuanto más puro esté. De aquí que, en las más abstrusas especulaciones y en los más recónditos misterios, sin perderla de vista, llegará a saciar su arrebatada inclinación por ella en la primera y sustancial hermosura del Creador. Ahí están los grandes atletas intelectuales del Cristianismo, que cantan como San Juan de la Cruz la grandeza del Creador manifestada en todas sus obras. Ahí están las palabras de extraordinaria vibración poética de San Pablo y las solemnes exclamaciones de San Agustín. Y nuestro santo tiene tal calidad estética que sabe poner delante de los ojos del alma la hermosura creada, pero no para que quede extática, embebecida por ella, que es a lo único que consiguieron llegar los grandes epicúreos de las civilizaciones clásicas, sino para

que el amor que engendre sea saciado por la hermosura, batiéndose ambos en alas del espíritu desasido de toda costra terrena.

Quisiéramos traer aquí todas las páginas admirables de San Juan de la Cruz para apoyar nuestras afirmaciones y juicios. Creemos que la personalidad del santo es de una fuerza enorme en su proyección de hombre de ciencia y esteta inmarcesible. Tan acusada es esta segunda cualidad que entenebrece a la primera. Aquí sí que caben las palabras de Azorín. Un sensitivo. En realidad de verdad, sí. Sensitivo, abierto a la clara luz de la belleza, es el santo que la ha visto y la ha sentido con más fuerza. Otros santos nos hablarán de las virtudes que Dios deja en el alma que visita; San Juan de la Cruz, poeta, se fija sólo en la hermosura que causa en ella la mirada del Amado. Por eso hace cantar a la esposa:

Ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

II

DE CASTILLA A ANDALUCIA

VIEJA tierra de Castilla. Ella ha sido pisada por la sandalia de Juan de la Cruz, en muchos de sus polvorientos caminos. El ha mirado con sus ojos algo melancólicos y profundos ese paisaje limpio y diáfano de la grandeza absoluta en su amplitud. El, santo y poeta, ha sabido ver con mayor profundidad que otros. El tiene un sentido trascendente de la vida y de las cosas. Y vive a veces, como abstraído, en un mundo aparte. El rumía a sus sueños y tiene sus ideas muy propias, porque en su laboratorio intelectual se maduran muchas más cosas que en el magín corriente de las gentes que le rodean. Juan de la Cruz, de maneras sencillas, de hablar humilde y sosegado, es algo introvertido. Se parece en su seriedad y en su afabilidad a otro gran poeta que sintió como él la grandeza serena e inmensa del paisaje de Castilla. Nos referimos a Antonio Machado que como el santo vivió también inmerso en aquel paisaje que le entró al alma y que cantó así:

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!

Ambos poetas sienten con la misma intensidad el valor de las cosas sencillas. Y a su vez las cosas van llenando sus mentes de imágenes que han de cantar: las viejas ciudades, los campos desnudos, los niños melancólicos, el río humilde con voz y eco, la tarde que descuelga de sus balcones los tonos y las luces, el jardinillo y el huerto en



**Puerta por donde entró enfermo San Juan de la Cruz
en el convento de PP. Carmelitas de Ubeda**

la ladera, el camino montés... Uno, el profano, con una carga afectiva y una carga intelectual en un difícil equilibrio que le hace definir a la poesía así: «Lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta al contacto del mundo»; con un como sosegado bridaje que nunca le hace caer en los extremos románticos de un Rubén Darío, pues para él había más hondura y más valor en la poesía para que sólo reflejase el colorido, la sensación, la sonoridad, el tema exótico; él creía como valor estético, nada más que «en la honda palpitación del espíritu», desnuda en la más desnuda expresividad. Con sus versos castellanos se muestra profundo y moralizador, íntimo y clásico de ritmos; ha sabido ajustar las nuevas fórmulas líricas a su estética y a su pensamiento; entre sus ídolos poéticos está San Juan de la Cruz, al que admira y parangona con fray Luis. ¡Ojalá el gran poeta hubiera tenido en su vida interior, tan nebulosa, la misma precisión y el mismo rigor que en el cauce de su emoción de artista!

Castilla, su desnudez, su paisaje, su hondura, unió a dos sensitivos, que la comprendieron y la amaron porque ella también les dió lecciones de buen amor. A Antonio, el dulce remanso de un fugaz y sereno ambiente y la cálida serenidad de una correspondencia de razones. A Juan de la Cruz, el encuentro de su vocación y la sublime aventura de su entrega sin reservas al amor divino. La impronta de Castilla no se desvanecería nunca en ninguno de los dos. El profesor Dámaso Alonso dice que en ambos fue raíz y médula de su personalidad literaria y de la mayor y mejor fecundidad de su obra. No lo creemos así del todo, por cuanto uno y otro ganaron en madurez y en perfección cuando fueron a otras tierras.

Juan de la Cruz, el religioso, el santo, había encontrado su camino. El no tendría turbaciones de ningún género que enturbiaran su pensamiento y su corazón. En su vida podía poner como lema «nada te turbe» de la madre Teresa de Jesús y por ello su poesía es tersa, limpia, cristalina, como los arroyos de los campos de su tierra. No reflejarían esa inquietud de Machado, que siente a Dios y no lo encuentra. El está en la inmanencia augusta de su estado de gracia que ilumina el conocimiento del Ser Supremo, al que poetiza con ese término del Amado. Menéndez y Pelayo hubo de decir de la obra poé-

tica del santo que «por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo».

Los caminos de Castilla le son familiares a nuestro santo. Las idas y venidas a Salamanca, desde el convento de Medina del Campo, el encuentro con la madre Teresa, el viaje a Valladolid por los caminos llanos y polvorientos en la carreta entoldada... Más tarde Avila y la fundación de Duruelo, entre Avila y Salamanca, lugar típicamente castellano, con su arroyo limpio, sus casas pardas de barro, y su cielo claro y su horizonte inmenso. Allí, Juan de la Cruz, en sus soliloquios comenzó su obra literaria. Allí oyó la voz de Dios y su corazón saltó en gozo al contacto de la naturaleza que proclamaba la obra del Creador. Castilla «entró» en su fantasía para darle imágenes. Cuando es preso en Toledo ha reunido un caudal de impresiones que allí traslada de su vida en Castilla, tras la regencia novicial de Pastrana y la dirección espiritual del convento de la Encarnación de Avila donde pudo contrastar con la madre Teresa de Jesús toda su poderosa y ardiente sed de amor divino. En la cárcel escribió muchas cosas y afirman sus biógrafos que comenzó el hermosísimo «Canto Espiritual». Las primicias de la obra poética del santo las degustaron las monjas descalzas del convento de San José de la ciudad toledana.

Se había fijado por designio de la Providencia una nueva ruta en la vida del santo. Parece como si Toledo, inició de las grandes empresas españolas hacia el Sur, fuese también punto de partida del santo en una no menos grande e imperial tarea para la conquista del Reino de Dios. De Toledo, a Almodóvar y allí el capítulo general había determinado que Juan de la Cruz fuese a regir el convento del Calvario de Beas.

Se despidió de su Castilla. Volvería después, pero ya ganado por el ambiente de las nuevas tierras que había de conocer. El, Juan de la Cruz, tan esteta, tan observador como observante, vió que la mano de Dios se había hecho luz, color y gracia en Andalucía. Dejaba con pena su Castilla, pese a la desagradable aventura de su encarcelamiento. Pero iba a ser ganado por una tierra en la que se conjugarían el amor y el dolor, pero en la que el alma que sabe ver a Dios lo encuentra en una derramada profusión de hechizos de la naturaleza.

Pero Juan de Yepes, austero, concentrado, serio, fraile de carta cabal tiene la luz de Castilla en sus ojos. El poeta Luis Felipe Vivanco lo supo decir así:

¡Oh, que fidelidad de tierra amada:
Castilla entera para Dios en el éxtasis libre de la luz!
¡Qué dilatada esencia se complace en el límite de su azul,
inviolable,
y presintiendo la mínima delicia de una visión suprema
que altísima agonía del tiempo transcendido en la mirada!

III

TIERRAS DE JAEN: BEAS Y EL CALVARIO

*D*ura hubo de ser para San Juan de la Cruz la marcha hacia Andalucía. No lo fue menos para Santa Teresa que, según nos relata Muñoz Garnica, se estuvo llorando todo un día en un convento de Toledo, sin probar bocado. El camino para la nueva misión es el mismo que siguió la santa, en su pintoresca y casi novelesca aventura. De las llanuras uniformes de las tierras de la Mancha, entre viñas y barbechos, a las escarpaduras de Sierra Morena, que había de ser atravesada por Despeñaperros. Violento contraste paisajista y no menos violento lugar de azaroso viaje por las molestias del camino. Bien que hubo de quejarse la santa carmelita de los duros trajines que supuso atravesar los puertos de aquellas rocas infernales. En muchos sitios han de dejar las cabalgaduras todos los viajeros que son, San Juan de la Cruz, el padre Francisco de la Concepción y los criados de don Pedro González de Mendoza venidos desde Toledo. En las Navas de Tolosa cambia el panorama de aquellas anfractuosidades rocosas, de aquellos riscos violentos, de aquellos picachos y hoces, en cuyo fondo las aguas se despeñan y corren con violencia. Aquella experiencia le fatiga al santo el cuerpo y le enardece el alma. Descanso en la Peñuela, fundación carmelitana al modo de sus prístinas normas y a la falda meridional de Sierra Morena, en el valle que se inicia entre las alturas mariánicas y las de Sierra de Segura. Tierras duras también, quebradas, con cerros de rara vegetación en sus cumbres y de encinares en sus faldas, con valles angostos, lomas cuajadas de romero y madroños, hacia Vilches, Santisteban del Puerto, Castellar de Santisteban y tras otro paso de montañas el descenso suave de-

jando atrás Sorihuela y Chiclana de Segura, en paisaje mas humanizado, con arroyos orillados de adelfas y tierras rojizas, olivares y umbrosos lugares de huerta. Paso del Guadalimar y a poco la ciudad de Beas.

Beas, con el Calvario, son los dos lugares andaluces que mas han impresionado a San Juan de la Cruz. Tampoco dejaron de impresionar a la madre Teresa cuando fué a fundar por equivocación y se encontró con que Beas era una ciudad andaluza, de la que hizo no pocos elogios y la que le quitó a nuestra hermosa región el sambenito de la prohibición de hacer fundaciones. Dice de esta ciudad un biógrafo insigne de San Juan de la Cruz: «Es Beas una villa netamente andaluza: casitas enjalbegadas, con rejas en los ventanales y balconillos cuajados de macetas; calles estrechas, limpias y desiguales. Mira a poniente, abierta en abanico a orillas del riachuelo que baja de la sierra y corre de sur a norte para perderse en el Guadalimar». Beas es la primera impresión paisajista, por tanto, de Andalucía para San Juan de la Cruz. Una impresión plácida y serena, que trajo la calma a sus asustadizos ojos llenos de recelos ante la persecución de que había sido objeto. Nos dice algo una vieja crónica: «Los ojos de fray Juan, acostumbrados a no ver desde su niñez más que páramos resecos, cuestecillas peladas y amarillentas o rastrojos recostados, no se hartan de mirar estos bellísimos paisajes». Y es que el valle de Beas constituye un auténtico paraíso. La mirada desde el pueblo es encantadora. Entre los álamos y sauces que bordean el río se entrevé el valle ameno y policromo no en llanura inmensa como en Castilla, sino recortado en alcores que casi negrean con sus líneas de olivar o sus abundosas pinadas. Riachuelos hacen cascadas caprichosas y sus aguas se sienten en murmullos suaves o en rugientes caídas provenientes de aquellas alturas que son los Picos de Natao o Pico Corencia. Bajo sus faldas se abren lugares deliciosos, umbrías verdegueantes en las que se cosechan los preciados frutos de la huerta. El sol hace rebrillar el agua de las acequias y albercas y el perfume de los frutos y de las hierbas ribereñas, el canto de los pájaros multicolores, el silbo de las brisas mañaneras, componen esa sinfonía campesina que embriaga el alma y la obliga a cantar la grandeza del Creador. ¡Cómo no iba a vibrar el alma de poeta de fray Juan! Cuando llega herido de cuerpo y llagado en el alma y encuentra la santa hermandad de

las gentes nobles del pueblo, la gracia y la fragancia de azucena del «palomarcico» que tres años antes dejase fundado la madre Teresa y encomendado a la madre Ana de Jesús otra gran monja del recio temple carmelitano, de la que decía la santa fundadora «Ana, Ana, ella lleva las obras y yo la fama», la que consiguió el dinero para comprar los terrenos del Calvario y la que acogió a fray Juan con la exquisita hospitalidad de una gran señora y el amor de una madre. No es extraño que todas estas sensaciones devolvieran el sosiego a nuestro santo y le prepararan para su gran obra poética. La alegría volvió a San Juan de la Cruz que no la mostraba muy al exterior por su continente recogido de hombre de gran vida interior, y más cuando las monjas, al verle llegar «como un muerto, no más del pellejo sobre los huesos, y tan enajenado de sí y tan acabado que casi no podía hablar», según el relato de Francisca de la Madre de Dios, se dispusieron a disiparle penas con una sencilla fiesta de sana alegría cantándole algunas coplillas de un viejo romance que empieza así:

Quien no sabe de penas
en este valle lleno de dolores...

y que manifiesta el estado de aguda sensibilidad del santo que se estremece hasta no poder soportar la emoción, agarrándose con una mano al locutorio y con la otra haciendo señal de que cese la recreación. Lágrimas que brotan abundantes de sus ojos se deslizan mansamente por sus mejillas y fuertemente asido a los barrotes del enrejado monjil queda absorto y extático durante una hora. Beas fué un consuelo dulce para Juan de la Cruz.

Y no digamos el convento del Calvario. Alejado unas dos leguas de Beas, con un camino que al ascender del valle se torna abrupto, de penosa caminata. Es en aquel tiempo el convento, una pequeña casa de alquería con su oratorio, que tiene en derredor un huertecillo cultivado, tierras de sembradío y un majuelo; hay también higueras y naranjos, ciruelos y cerezos. Hacia el norte, una fuente rodeada de árboles, escoberas y zarzales y en el monte, pinos, encinas, chaparros, negrillos y romeros que florecen hasta en diciembre. En el montecillo fértil tiene su nueva morada, fray Juan. Va a ser bello e iluminado escenario de una buena parte de su vida.

Coinciden todos los biógrafos en que San Juan de la Cruz empezó a escribir sus tratados de Mística y donde también comenzó el «Cántico Espiritual». Dice un biógrafo que desde su celda oía el santo no sólo el rumor de las aguas que brotaban frescas y transparentes en la vertiente del montecillo y descendían jubilosas hacia el llano, sino el golpe más fuerte del río andaluz, cuyas aguas se despeñan alborotadas por aquellos imponentes peñascales. Y luego, soledad; una soledad grande, aunque no muerta como las del desierto, sino «soledad sonora», como cantara el santo, con la sonoridad del campo poblado de rumores.

El paisaje es una de las fuentes que inspiran los apólogos, metáforas y alegorías predilectas del santo. Fray Pedro de la Sagrada Familia le llama «El amorador de la naturaleza». Lo reafirma el maestro Azorín, con aquellas sus palabras: «El simbolismo de San Juan de la Cruz se halla inspirado en la Naturaleza. El poeta nos habla de las montañas; los valles solitarios y nemorosos, las ínsulas extrañas, las viñas florecidas, la soledad sonora, las aves ligeras, las riberas verdes, las subidas cavernas de las piedras, el canto de la dulce filomena, el agua pura, las frescas mañanas, las tortolicas que revuelan henchidas de amor... Oigámosle en uno de los más típicos, sugeridores, trascendentes de sus poemas. El poeta piensa en una fuente; él sabe donde mana y corre. Y añade: *Aunque es de noche*. No puede decir cuál es su origen: no lo tiene; pero todo se origina de esta fuente. *Aunque es de noche*. No hay cosa más bella en el universo; cielos y tierra beben de este manantial. *Aunque es de noche*. Nunca ha sido su claridad obscurecida; toda luz viene de ella; sus corrientes son caudalosas, la inmensidad de las gentes se riega con ellas. *Aunque es de noche*. Todas las criaturas son llamadas para que sacien su sed de esta fuente; mi más ardiente deseo está en sus aguas. *Aunque es de noche*... Y así, el poeta —delicado y sensitivo— asocia a las tinieblas lóbregas y perdurables de una noche la sensación de una fontana cristalina y amorosa que va manando casi calladamente, con un son apacible, melódico».

Son infinitos los matices y las situaciones que influyeron en la obra poética y en la obra mística de San Juan de la Cruz. Larguísima tarea, a la que no renunciamos, es la de puntualizar en un estudio metódico la variadísima floración imaginativa del santo. Hoy, en este

ensayo, nos contentaremos con verificar algunos de estos motivos y afirmar con rotunda frase que la mayor parte de la obra sanjuanista está conseguida en el ambiente andaluz, influenciada por éste no ya sólo a través del paisaje, sino también por esa especial idiosincrasia de nuestro «ángel» que se apropia de las cosas y luego las devuelve universalizadas. Para la mística universal y expresiva de San Juan de la Cruz encontró él en la gracia andaluza un vehículo formidable de perfección descriptiva. Don Ramón Menéndez Pidal dice que nuestros místicos y concretamente San Juan de la Cruz —sin perder su italianizante elegancia, como veremos más tarde—, están impregnados fuertemente de popularismo en sus realizaciones. Y no pierde, antes bien acrece, el sentido de elegancia de su obra literaria por cuanto la universalización de nuestra Andalucía es una fuerza de absorción de voces y estilos extranjeros que introducidos a nuestra lengua amplían su perfección comunicativa. Es indiscutible la formación popular de San Juan de la Cruz que completa o perfecciona su saber bíblico y clásico y así los precisos nombres directos de cosas rústicas que prodiga, recogidas de paisajes frondosos de vegetación meridional, tales como *collados, egidos, riberas, espesuras, prados, sotos, oteros, huertos, ganados*, etc., no son culta afectación de bucólico cortesano o alejado del vivir rústico, sino expresiones nacidas en el subsuelo más profundo de su cultura rústica y popular.

Y es más. Invoca José María de Cossío un caso de poesía netamente andaluza, al recoger la que dice así:

Véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos.

Lumbre de mis ojos. Esta apasionada expresión, dice el comentarista, tiene todo el ímpetu, todo el garbo popular y desgarrado precisos para encajar en el más patético momento del cante *jondo*.

Las notas biográficas de San Juan de la Cruz están plagadas de su sentido popular, de su observación directa, de su delicada asimilación sensitiva. Cuando se reúne con sus hermanos de religión o con sus monjas carmelitas, gusta de recitar y de cantar. A las monjas les deja las estrofas de la «Subida al Monte» y muchas del maravilloso «Cántico Espiritual». Y en el camino, mientras asciende el repecho

septentrional desde Beas —a donde va todas las semanas— gusta de cantar con sus frailes o de recitar sus romances espirituales, muchas veces tomados de aquellas espléndidas bellezas naturales y repentizados en el mismo camino. Nos cuenta también su viejo biógrafo, Fray Jerónimo de San José, una adorable anécdota. Solía el santo, en Navidad, mandar que sus religiosos hiciesen alguna representación piadosa de este misterio. Hallándose en un acto de recreación semejante, sintióse tan enternecido y arrebatado que, tomando en sus brazos un Niño Jesús, comenzó a bailar con gran fervor, y en medio de sus júbilos, así desatados, le cantó esta copla:

Mi dulce y tierno Jesús;
si amores me han de matar,
agora tienen lugar.

No es de San Juan de la Cruz esta canción, pero sí popular, lo que muestra que él estaba atento a toda manifestación externa de sinceridad expresiva y de ahí que llegara a su memoria en un momento de ternura y emoción. Esta canción era anterior a la lírica excelsa de Fray Juan y de menos valor que sus construcciones poéticas. Creemos haberla visto en el «Cancionero» de Barbieri, el que recogió también el romance fronterizo de «Las tres morillas» y también habla de ella un contemporáneo del santo, Eugenio de Salazar, que con donosura dice: «Canción tan vieja, que tengo para mí que nació en acabándose de deshinchar las aguas del Diluvio, si no fué de las cosas que metió Noé en su arca». Y es que nada despreciaba el santo. Dice un tratadista de Mística que está perfectamente justificada esa emoción porque en esa admirable «ciencia de voz», sea de música sea de recitación oral, ven los místicos una «música subidísima» que forma el concierto de las cosas creadas con que cada una muestra «lo que en ella es de Dios» según frase profunda del santo; y el saber escuchar esa «música» es aprender la «ciencia escondida», la «ciencia mística.» Reducir toda esa honda especulación a escuchar una música es la obra de esos grandes artistas que se llaman San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús.

Otra característica ambiental del Calvario que hizo impresión en San Juan de la Cruz: la soledad. Se dice que Miguel de Cervantes,

que tanto había caminado por el mundo, amaba el silencio; el silencio sedante, el silencio dulce, el silencio que es compañero de los coloquios interiores del artista. Ese silencio maravilloso es el que reina en este convento, donde mora y tiene sus soliloquios un poeta. No nos resistimos a reproducir las precisas y preciosas frases descriptivas de esa soledad en la prosa del maestro Azorín: «Nos place imaginar un convento situado en el declive suave de una loma; arriba está el pinar, rumoroso, bien oliente, desde donde, cuando sopla el viento, descenden hasta el llano ráfagas perfumadas. Delante se extiende la llanura inmensa, ondulada a trechos por los oteros y lomazos. La ciudad se perfila en lontananza, casi en los confines del horizonte. Un río lleva en curvas amplias su cinta de plata —entre el verde de las huertas— y acá y allá unos enhiestos y tremulantes pobos mueven blandamente sus hojas al céfiro. Nada se oye en la campiña. Ningún ruido denota la vida del convento. Detrás se abre un huerto plantado de frutales y legumbres; algún rosal muestra sus rosas bermejas o blancas sobre el oscuro follaje; y un vial de cipreses se recorta agudamente en el aire limpio y diáfano. A la noche, desde lo alto, mientras en el cielo parpadean las eternas luminarias, se columbran, casi imperceptibles, allá abajo los puntitos de las luces ciudadanas. Ni en el campo ni en el convento interrumpe la paz augusta un solo ruido. En el convento, los corredores son amplios y claros; la cal nítida de las paredes reverbera cegadoramente en las horas del mediodía. Las celdas son chiquitas; desde sus ventanas se atalaya el paisaje. Algún religioso, sentado junto a la ventana, al levantar la vista del libro, ha visto en la lejanía de un camino una caravana que se dirige de una ciudad a otra ciudad; acaso su corazón se ha oprimido un momento y sus ojos han seguido el tropel hasta que se perdía en el horizonte. Hoy, al cabo de cuatro siglos, esa ligera opresión la suscitaría tal vez el paso vertiginoso de un convoy que deja sobre el añil del cielo un trazo negro de humo...»

Dice un tratadista que el sentimiento amoroso hacia la Naturaleza es cosa del siglo XIX y que ha nacido con el romanticismo, poco a poco; éste ha olvidado la poesía de San Juan de la Cruz. En esa viva expresividad de los elementos naturales está nuestro fray Juan. La soledad, esa que se ha hecho casi tangible en la viva descripción de Azorín, es una constante en todas las grandes épocas literarias y no atributo de una visión romántica al estilo del XIX. Muy bien ha dicho

Guillermo Díaz-Plaja en su «Introducción al estudio del Romanticismo español», que las soledades tienen su inicio en las obras de los místicos y que en la memoria de la literatura española se manifiestan como elementos de robusta inspiración. Ahí está no sólo la famosa estrofa de la «soledad sonora», sino ésta no menos bella por poco conocida de San Juan de la Cruz que dice así:

En soledad vivía
y en soledad ha puesto ya su nido
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

Y como nuestro santo es también fray Jerónimo de San José e: que dice:

Me es soledad el mundo solo junto.

O Lope de Vega en aquellos soliloquios:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

¿Es la soledad un atributo romántico? Digamos más bien una apariencia, al ver estos resaltes histórico-poéticos, pese a que Eugenio Montes ha dicho que romanticismo era conciencia de soledad, y clasicismo, conciencia de compañía. No. Nadie más comunitario en orden a su inquietud evangélica que Juan de la Cruz. Aunque se le crea por observadores superficiales como un filósofo intimista.

IV

DOCTOR Y EREMITA

VAMONOS con el santo a Baeza. Desde su retiro del Calvario le es ordenada la fundación de un colegio al lado de la venerable Universidad. Baeza es una hermosa transición de Castilla proyectada en su ornamentación urbana y desleída luego en los arabescos laberínticos de callejas morunas. Y tras el cinturón de la ciudad, de recias murallas, y algunos adarves entre los que se entremezclan los edificios árabes de clásicos ajimeces donde en el siglo XVI aún viven moriscos descendientes de los dominadores musulmanes, se abre un panorama espléndido. La ciudad está situada en alta colina a la derecha del Guadalquivir y entre ondulaciones de tierras de pan llevar y de olivares frondosos la vista divisa hacia el Sur y SO. el amplio panorama de una vega enorme que preside el Guadalquivir con su cinta de plata modelada en graciosos recodos. Un moteo de caseríos blancos puntea la alfombra verde y gris de las huertas y sembrados y de las inmensas manchas de olivar. Más allá, las alturas de Sierra Mágina con los pueblecitos acunados bajo la sombra de sus picachos y más al fondo la teoría de las sierras de Cazorla y de Segura. Antes, el campo generoso de la Loma y la visión de Ubeda y sus torres.

Baeza tiene un no sé qué turbador y misterioso que a todo espíritu sensible le atrae y le emociona. Juan de la Cruz ha de vivir una vida de acción; han pasado los días tranquilos del Calvario y el sabio descalzo viene a fundar y a adoctrinar. Pero siempre le queda un resquicio para su afición de poeta. Baeza, animada por su Universidad y su señorío, riente al sol de Andalucía, le ofrece también el encanto de la belleza y de la hermosura. Dios está allí también. El no es hom-

bre ostentoso y su saber está consagrado a los escolares que acuden al convento y a las almas que se guían por su elevada y santa ejemplaridad. Juan de la Cruz da prueba de su gentil discurso y de su ciencia y de su lenguaje poético y sencillo en el Colegio de San Basilio. Acuden doctores de la Universidad y quedan prendados de su «lindo y agudo ingenio» como dice el padre Jerónimo de la Cruz que hace destacar la personalidad del santo en los ejercicios de letras universitarios. Después de la comida gusta de hablar con sus religiosos y educandos y todos quedan admirados de su amenidad. El ha entrado en Baeza y Baeza le ha entrado a él. Cumple alegremente la misión asignada y entre los agobios de su rectorado afirma su unión con Dios. Un triste acontecimiento ahonda más su entrega al Amado: estando en la ciudad sabe de la muerte de su madre Catalina Alvarez. Ya está desahogado de todo vínculo afectivo en la tierra y su enorme corazón es todo entero para Dios.

Hay una similitud de asimilación de belleza entre este santo-poeta y otro sensitivo, que también oteó los horizontes baezanos y anduvo por ellos vinculado a sus encantos. Fray Juan, tuvo la merced de Dios de saber que toda la hermosura de los montes y de los valles, de los ríos y de las fuentes, de las umbrosas cañadas y de los silbos pastoriles, era manifestación de Dios y para siempre alabarle. El otro poeta, también en estancia de magisterio, sólo supo —más sintiéndolo que consintiéndolo— que Dios estaba allí y no llegó a templar su alma en esa sublime visión del celestial prodigio de este mundo tan admirablemente creado. Este poeta sentirá la nostalgia de aquella suavidad de gozo visual y afectivo que mitigó el gran dolor de la ausencia de la mujer amada. Y habría de escribir aquello de

¡Campo de Baeza
soñaré contigo,
cuando no te vea!

Nunca olvidó el santo su tarea de escritor. Y tuvo hueco en Baeza para completar la «Subida al Monte Carmelo». Siguiéron dándole alegría y vitalidad los campos floridos y en ellos se detenía cuando caminaba hacia Ubeda o hacia el Calvario, del que tantas nostalgia tenía, en algunas ocasiones en que podía permitirse esta libertad. O cuando

camina por entre las ubérrimas y luminosas tierras de la Loma hasta Villacarrillo, y Torreperogil, descendiendo hacia la ribera del Guadalimar, atravesando este río y ascendiendo otra vez hacia la granja de Santa Ana, otro recoleto lugar de la descalcez, adscrito a la fundación de Baeza. Otro paisaje de gran impresión, que merece la paleta de un pintor: Desde las rocas calcáreas y empinadas de Iznatoraf con el pueblecito cimero, a las tierras rojizas y a los frondosos labrantíos lamidos por las aguas oscuras del río. No fue sólo a fray Juan al que entusiasmó tal paisaje, sino a la madre Teresa. Cuenta la madre María de San José en el *Libro de las recreaciones* lo siguiente: «Aquel primer día llegamos a la siesta en una hermosa floresta, de donde apenas podíamos sacar a nuestra santa Madre, porque con la diversidad de flores y canto de mil pajaritos toda se deshacía en alabanzas de Dios. Fuimos a tener la noche en una ermita de San Andrés, que está debajo de Santisteban». Bien se entiende que es el pueblo de Castellar de Santisteban.

Y con un salto de fechas que para este nuestro caso no cuenta y en gracia a la unidad geográfica, nos vamos al convento de la Peñuela, una nueva Tebaida, el auténtico desierto que es razón pristina de las fundaciones carmelitanas. Es el primer convento de la provincia de Andalucía conforme se viene de Castilla y está casi en el mismo Muradal de Sierra Morena. No queremos dejarlo por razón cronológica para esa última etapa de la vida de San Juan de la Cruz. Es plena sierra: monte bravío cuajado de jaras, terebintos, higueras silvestres, brezos, madroños, carrascos y hierbas aromáticas. Aquel lugar es hoy asiento de la ciudad de La Carolina, población fundada por Carlos III para la colonización de los terrenos de la Sierra. Soledad, también. Silencio. Fray Juan sale a la huerta y hace oración junto a un arroyo rodeado de mimbrés. El santo está cansado y ya todo le fatiga. Aún así tiene tiempo de escribir y redacta un libro sobre los milagros de Guadalcázar y retoca algunas de sus obras, especialmente los comentarios de la «Llama de amor viva». Vida eremítica, dura, de penitencia y de oración; duerme sobre un zarzo de varas tejidas con unos tamizos. Y está contento, porque las flaquezas de la carne no le afectan; además puede hacer su vida contemplativa que es lo que le acerca más a Dios, y más ahora que no tiene cargo de gobierno. Se lo ha dicho a su confidente doña Ana de Peñalosa. Los padres que le acompañan

le han visto muchas veces en éxtasis y arrobamiento allá junto a la fuentecilla testigo de la altísima vida espiritual del santo. Los bellos amaneceres de la Sierra, y los no menos bellos atardeceres, le embriagarán el alma y le llenarán de balsámico contento. Más allá de Sierra Morena hay tormenta en derredor suyo. Y hay cada día más flaqueza corporal. El santo va acabándose para la vida terrena y en su crecimiento de altura espiritual que derrama sobre aquellos compañeros suyos tan edificados por él, parece como si se acercara ya al cielo. Símbolo de dulzura es aquel paisaje de la huerta, la viña y el olivar. Y símbolo también de la dura condición humana que no puede ver la sencilla santidad de aquel varón de Dios, es el agreste monte poblado de alimañas. Son las que quieren penetrar en el cercado de aquella paz, para destrozarse la templanza y la virtud. Ya llegará momento de ver cómo San Juan de la Cruz hace su última poesía, la de su muerte, en una ciudad que se convierte en símbolo y antorcha.

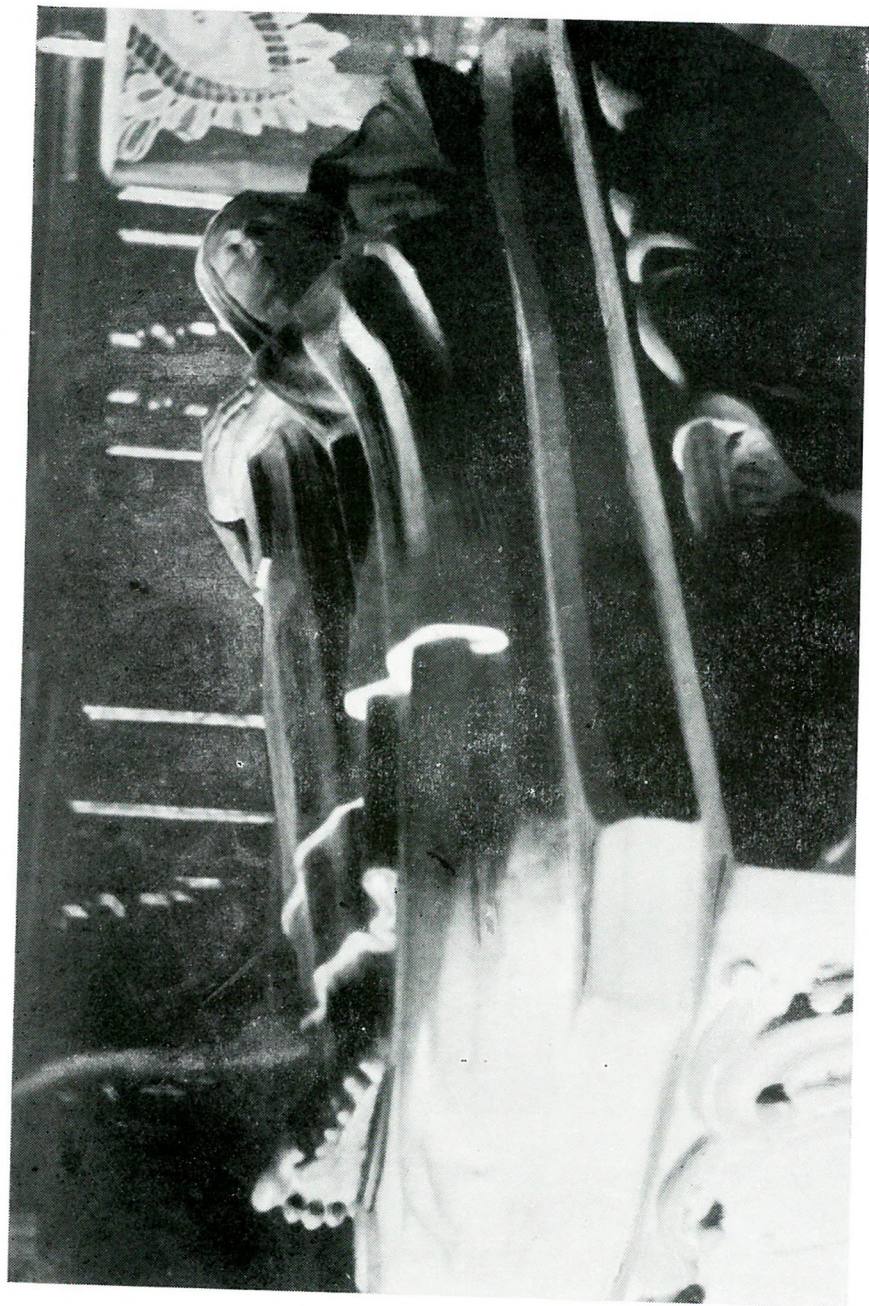
V

ANDARIEGO HACIA EL LUMINOSO
MEDIODIA

*H*ABIA cumplido el santo su misión docente con esa generosidad propia de quien hace caso omiso de todo desasimiento material y de propio cuidado. De Baeza fue llamado a Castilla. Vio en Avila a Santa Teresa y la quiso traer a Andalucía, para la fundación de Granada. No vino la santa porque no lo quisiese, que buen recuerdo le había quedado de nuestras tierras, sino porque achaques y trajines la retenían en el gobierno de sus «palomarcicos» castellanos. Tan bucólica era la «padraza Teresa», así la califica Unamuno, como el «madrecito Juan», tal le llama el mismo escritor. Por eso en el lenguaje de ambos está una figurativa campestre siempre encantadora. Desde allí se darían cita para el cielo.

Otro camino de Castilla a Andalucía. Ya el santo conocía al terreno, al paisaje y a los hombres. Lugares de honda raigambre carmelitana; Almodóvar, La Peñuela, Beas, Ubeda y Baeza. Camino para Granada.

Jalón importantísimo de la obra literaria del santo es la ciudad andaluza. Gran ambiente y paisaje de propias características. No era Granada la ciudad que hoy conocemos. Casi hasta final del siglo pasado, había permanecido inmóvil encerrada en su propia belleza. En aquellas calendas de mediados del XVI era una ciudad de paz. Todavía ese silencio y ese gozo de la contemplación de su nítido paisaje los vivieron viajeros como Gautier y filósofos y estetas como Ganivet. El silencio era en Granada armonía y agudeza, ambiente para la percep-



El delicado monumento funerario en el Oratorio del convento de PP. Carmelitas de Ubeda, obra de Francisco Palma Burgos

ción de esas sutiles modulaciones que el aire anuncia como pregón perfumado. Era la ciudad de la profunda paz. Así nos lo dice Azorín, que tuvo la dicha de contemplar, en el silencio, desde Puerta Real, allá en lo alto de la montaña, la blanca nieve; y en el silencio, visitar el Generalife y oír el susurro del agua entre los mirtos. En el silencio, abarcar desde la Torre de la Vela el vasto y soberbio panorama de la vega. En el silencio, asomado a una galería del camarín de Lindaraja, ver, en lo hondo, las frondas tupidas que bordean el Darro...

Juan de la Cruz ha subido al convento de *Los Mártires*, cerca de la Alhambra. Han pasado las dificultades casi heroicas para establecer la fundación y que dejamos a la puntual crónica. Estamos en los últimos días de enero de 1582. Llevan nueve años los descalzos en aquella altura dominante, alabando al Señor que mora en la capilla edificada por Isabel la Católica en honor de los cristianos que allí murieron martirizados por los mahometanos. Las gentes del pueblo le llaman «corral de cautivos». Y la paciente tarea de los monjes ha conseguido modificar el paisaje en torno al cenobio. Ya no hay terrenos baldíos en el recinto acotado por una cerca moruna. Ya está aquí el milagro de las rosas y el verdor de la huerta, así como la fronda de los árboles. Otra vez fray Juan, que ha visto las sequedades dilatadas de Castilla, aquí se recrea con el gozo del paisaje, paisaje de Dios que tanto le lleva a El. Algún rosal resguardado de los primeros fríos parece que ha querido aguantar la fuerza de su savia para ofrecer una desmayada flor. Gozo de los religiosos de tener un prior santo. Gozo del frailecico que ha hablado con la madre Teresa y ha sabido de los acontecimientos favorables de la Reforma. La comunidad cristiana de aquella descalcez parece un trasunto del cielo. Venerables varones como el padre Felipe, los tres primeros fundadores Francisco de Jesús, Pedro de la Cruz y el hermano fray García, sus fieles amigos el padre Fernando de la Cruz y fray Jerónimo de la Cruz y el padre Bartolomé de San Basilio, que en sus transportes de amor predicaba a los árboles y a los pájaros. Es bondadoso el nuevo prior y gobierna con celo la comunidad —que poco a poco ha de crecer en número por la atracción irresistible de aquella vida ejemplar— y hasta cuando está ausente o enfermo los religiosos guardan el orden y la observancia como si le tuvieran siempre delante de los ojos. Tiene detalles, agudezas y actos tan profundos de humildad ante sus hermanos que revelan su elegan-

cia espiritual. Su fama es notoria en Granada y las gentes acuden al convento a demandar la dirección del santo y aún su poder de Dios para liberar algunos posesos.

Pero fray Juan huye del contacto del mundo. Lo acepta como obligación de su apostolado. El está a gusto cuando platica con sus frailes. Cuando sale con ellos a las afueras del convento y contemplan el paisaje. Las vistas son espléndidas; sobre las almenas de las torres bermejas se asoman las cumbres nítidas de Sierra Nevada. La blancura de sus crestas pone como una cenefa a la púrpura de los crepúsculos que incendian en los atardeceres el purísimo cielo azul. ¡Qué bellas están las torres, qué esbeltos aparecen los cipreses asomando sobre los muros, en los que se derrama la floración abundosa de las trepadoras; en lo más alto, el Generalife parece ser atravesado por las luces de fuego que hacen de fondo a los blancos miradores y minaretes, casi alcanzados por las adelfas, cipreses y laureles; hermoso contraste que hace delicia y ensueño aquella maravilla del hombre levantada en torno a la grandeza de Dios! Y no parará ahí el entusiasmo ante el espectáculo de aquella naturaleza tan sabiamente compuesta; en la ladera empieza a desplegarse la ciudad, que parece salir de los mismos bosques de la Alhambra, con un colorido y un tipismo inconfundibles de calles estrechas y balcones con políeromas macetas. Más allá al fondo la vega granadina, regada por el Genil, y extendiéndose en una maravillosa lejanía con ligeras elevaciones hasta casi tocar las sierras de Loja.

Algo de este paisaje vislumbra el santo desde su celda, impropia para su oficio y calidad de prelado, ya que es la más pobre y estrecha del convento. La ventana da al jardín y allí recostado y en oración le han sorprendido muchas veces; lo cuenta el padre Luis de San Agustín que vive cerca de la celda del prior y que le ha visto en la misma actitud tanto durante el día, mirando a las flores, como durante la noche, antes de amanecer «en par de los levantes de la aurora» contemplando las estrellas.

El gozo del santo por la naturaleza le hace repetir sus paseos y salidas. Un fraile pregunta al prior por qué les saca tanto al campo y le contesta que para evitar que, si les deja mucho tiempo en el convento, tengan ganas de salir de él. Les lleva a los montecillos de los alrededores y algunos días suben a la Sierra. Nos cuentan sus biógra-

fos que en una de aquellas excursiones, que duraban todo un día, después de un rato de conversación, les dice: «Hoy cada uno se ha de ir a solas por los montes, y a solas cada uno ha de gastar este día en oración y en hacer exclamaciones a Nuestro Señor». Otras veces les deja que se entretengan en honesta recreación, mientras él se retira a orar, y no vuelve con ellos hasta la hora de comer, si es por la mañana, o hasta el anochecer, si es por la tarde. Y hay ocasiones en que van ellos a buscarle y le encuentran en éxtasis, levantado un codo sobre las hierbas y tomillos.

Vuelve a escribir el santo. Dicen algunos biógrafos que en Granada escribió casi todas sus obras. Nosotros nos inclinamos a decir que las perfeccionó, corrigiendo estilo y haciendo comentarios. Desde luego, se concibieron y realizaron en el delicioso convento de los Mártires —hay testimonios de que era el mejor de cuantos tenía la Reforma— la «Noche oscura» y la «Llama de amor viva», así como terminó completamente otras que ya había comenzado en el Calvario y en Baeza, tales como el «Cántico» y la «Subida». Nótase en sus escritos una orientación más reflexiva y ordenada, se ve a fray Juan en su madurez lograda con un sentido de la escritura y del pensamiento, más metódicos y ordenados.

Las obras escritas demuestran que en Granada no había de permanecer el santo indiferente a la hermosura del paisaje nocturno y a los rumores de las aguas de la Alhambra desde su convento de Los Mártires. Parece que quiso la Providencia colocarle en las ciudades más bellas de España como miradores de paisaje, para que su contemplación (o su privación y adivinación desde la tiniebla de la mazmorra toledana) le inspiraran sus celestes audiciones de los conciertos de la no perecedera música. Oigámosle hablar del rumor de los ríos «que tiene tal sonido, que todo otro sonido privan y ocupan» y todo lo que sigue al comentar con vuelo de águila lo de «los ríos sonoros» donde nos habla de los «poderosísimos truenos» y de la voz espiritual con su «grandeza y fuerza, poder, deleite y gloria», «que viste al alma de poder y fortaleza. Allí nos dice del «vehemente torrente» y de «las cítaras de los citaredos». Y sigue —oh verso verdaderamente celeste— con «el silbo de los aires amorosos».

El comentario a este último verso merece reproducirse, con per-

dón por lo largo de la cita, pero con merecimiento intrínseco no para trasladarla aquí sino para grabarla en cualquiera de los paisajes que fueron objeto de la observación del santo. Dice así:

«Dos cosas dice el alma en el presente verso, es, a saber: «aires» y «silbo». Por los «aires amorosos» se entienden aquí las virtudes y gracias del Amado, las cuales, mediante la dicha unión del Esposo embisten en el alma, y amorosísimamente se comunican y tocan en la sustancia de ella. Y al «silbo» de estos aires llama una subidísima y sabrosísima inteligencia de Dios y de sus virtudes; la cual redundante en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la sustancia del alma; y éste es el más subido deleite que hay en todos los demás que gusta el alma aquí.

«Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo, o sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite e inteligencia. Y así como el toque del aire se gusta en el sentido del tacto, el silbo del mismo aire con el oído; así también el toque de las virtudes del Amado se siente y goza en el contacto de esta alma, que es en la sustancia de ella mediante la voluntad, y la inteligencia de las tales virtudes de Dios se siente en el oído del alma, que es en el entendimiento. Y es también de saber, que entonces se dice venir el aire amoroso, cuando sabrosamente hiere satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal refrigerio, porque entonces se regala y recrea el sentido del tacto; y con este regalo del tacto siente el oído gran regalo y deleite en el sonido y silbo del aire, mucho más que el tacto en el toque del aire, porque el sentido del oído es más espiritual, o por mejor decir, allégase más a lo espiritual que el tacto; y así el deleite que causa es más espiritual que el que causa el tacto. Ni más ni menos, porque este toque de Dios satisface grandemente y regala la sustancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito, que era de verse en tal unión, llama a la dicha unión o toques «aires amorosos»; porque como hemos dicho, amorosa y dulcemente se le comunican las virtudes del Amado en él, de lo cual se deriva en el entendimiento el silbo de la inteligencia. Y llámale «silbo» porque así como el silbo del aire causado se entra agudamente en el vasillo del oído, así esta sutilísima y delicada inteligencia se en-

tra con admirable sabor y deleite en lo íntimo de la sustancia del alma, que es muy mayor deleite que todos los demás».

Se ha dicho de San Juan de la Cruz que su visión poética tenía a veces un sentido plástico, que como él era un tantico pintor y otro tantico escultor —nos han quedado algunas de sus obras como el Cristo que él «vió» en sus arrobamientos— sabía trasladar a su lírica con una gran potencia descriptiva. Sánchez Cantón afirma que el santo exhibe en sus estrofas verdaderos cuadros que diría son «clasificables», y que no puede componer un mero artista literario, de sólo poeta y lo fué grandísimo, pasajes que están «vistos» como los vería un pintor. Oigámosle:

Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados...

* * *

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas
haremos las guirnaldas
en tu amor floridas
y en un cabello mío entretejidas.

Se dice que San Juan de la Cruz se sirvió del *Cantar de los Cantares* como fuente de inspiración para sugerir estos cuadros, pero con nosotros afirman distinguidos y letrados comentaristas que no ya el empleo de nuevos elementos figurativos, sino su ajuste y composición son inexplicables por lecturas bíblicas. Los temas están tratados pictóricamente, y ello se confirma al contemplar su fondo «de cuadro» también; aquel espacioso paisaje animado por los pastores que por las majadas ascienden al otero: el prado de «verduras, de flores esmaltados»; el ciervo herido que asoma por el otero; cedros, fuentes, pastores, amantes, cabelleras enguirnaldadas...; dígame si no estamos ante lienzos venecianos; todo abocetado rápidamente, pero justo y preciso,

cual en los programas que Giurgione o Tiziano trazarían para aquellas pinturas que nuestros mayores con exactitud llamaban *poesías*. Seguimos con la argumentación de Sánchez Cantón que aprecia tal «voluntad de pintar» en los pasajes antes mencionados y en otros de su mismo corte literario que, recordando otra frase expresiva del fluido artístico que impregnaba el espíritu de San Juan de la Cruz, son como «la imagen de la primera mano y dibujo clamando al que la dibujó para que la acabe de pintar y formar», tal dice el santo en la anotación para la canción 12 de su *Cántico*. ¿Quién, que no mirase con ojos de pintor, sería capaz de oír estos clamores de la obra iniciada exigiendo acabamiento y perfección? Esto nos lleva a reafirmar que San Juan de la Cruz puede ser considerado como hombre dotado de temperamento artístico, como espíritu fecundo para la creación plástica. Porque la realidad es que el santo, como hemos apuntado, hacía su salida al campo de las artes figurativas; no perdió nunca sus habilidades primeras de entallador y pintor, que sus padres le obligaron a aprender y según testimonios recogidos por Baruz y Orozco llegamos a saber, gracias a la declaración del hermano Brocardo, su compañero en el convento del Calvario, que «el tiempo que le sobraba de sus obligaciones y ocupaciones... lo gastaba, como por recreación, en labrar unos Cristos de madera que hacía»; y que, preso en Toledo, hasta el día 16 de agosto de 1578 —cuando tan novelescamente se evadió—, regaló a su carcelero un Crucifijo «de las imagencitas que con una punta, como lanceta, labraba curiosamente»; y por la valiosa referencia inédita del señor Gómez Moreno sabemos también de una Virgen de talla esculpida por el santo que subsistía en 1658 en la ermita del convento de los Mártires de Granada, donde San Juan de la Cruz fue prior como hemos sabido. Y también hemos de mencionar dos dibujos de mano del santo: uno del Monte Carmelo, trazado para explicación de la arriscada subida, en el proceso de liberarse el alma de apetitos, vanidades y respetos humanos, diseño que se estima desfigurado por los arreglos de los grabadores poco escrupulosos aún cuando da idea de la impronta que el paisaje del Calvario ejerció en el santo, pues sabemos que lo dibujó en el Calvario e incluso que hizo varias copias para entregarlas a las monjas descalzas de Beas; el otro dibujo es el de un Crucificado del que se conserva el original y fué grabado en

1641 por un artista discreto, Herman Panneels, de Amberes, hermano de un discípulo de Rubens, de nombradía y que trabajaba en Madrid entre 1638 y 1650.

Dejemos Granada. Dejemos al santo despedirse de sus compañeros, de sus novicios, bien en los alrededores del convento, bien en aquellos tan gustados *paseos santos* no sólo para «aficionarlos a la soledad», sino también para «enseñarlos a sacar el espíritu que hay encerrado en las criaturas y de que está lleno el orbe de la tierra». Vamos a caminar con él por tierras de Andalucía. En la primavera de 1585 se inicia una gran actividad en la vida del santo. A su pesar ha de dejar la vida conventual y hacer de monje andariego: su cargo de vicario provincial le obliga a ello. Por las riberas del Genil ha de iniciar su caminata, para luego entrar a Sevilla bordeando y atravesando el Guadalquivir; nueva y gozosa experiencia de aquel paisaje visto de cerca, pues el santo viajaba casi siempre a pie y muy pocas veces lo hacía en un jumento. Junto al río andaluz le llegarían los brotes de inspiración de algunos de sus cantares y decires. Es río de poetas. Y como aquel Antonio Machado, el santo vió al río nacer y lo verá morir. Lo dijo el también enamorado de las tierras de la Alta Andalucía:

¡Oh Guadalquivir!
Te vi en Cazorla nacer;
hoy, en Sanlúcar, morir.

Y vuelto a Granada, un continuo movimiento a sus alrededores: a Jaén, a la Manchuela (Mancha Real), donde fundó un convento de descalzos, a Bujalance. Caminos, muchos caminos. Dice un biógrafo que son muchas leguas las que abarca la jurisdicción del vicario provincial de Andalucía y ha de recorrerla por lo menos una vez al año en visita oficial. Tiene conventos en Granada, el Calvario, la Peñuela, Málaga, Caravaca, Sevilla y Guadalcázar, a más de la fundación de Mancha Real. Ha de atender también a todos los de monjas que están sin excepción bajo la inmediata y total jurisdicción de la Orden. Tiene, pues, que recorrer Andalucía y parte del reino de Murcia. Muchos incidentes, unos trágicos y otros graciosos le acontecen. Ha de atravesar ríos, sierras, ha de dormir en ventas y posadas, ha de co-

nocer a gentes de muy variada condición y, en general, a esa pillería trashumante que va desde el bandido serrano al gitano movedizo. En todos lugares fray Juan es admirado y las gentes hacen lenguas de su sencillez y de su dulzura. Ocurren hechos milagrosos como el paso del río Guadalbullón, en una enorme crecida, en camino de Mancha Real a Jaén; otras veces cae por un despeñadero y una mano misteriosa le agarra y le salva; algunas, su mano de santo evita riñas sangrientas, cura a enfermos y repara daños. Y su experiencia paisajista y su canto al Señor es permanente y apasionado. En la primavera de 1586, el santo visita Córdoba para hacer una fundación. Ha atravesado parte de la sierra y ha gozado del aire purísimo y del perfume de las plantas silvestres. Su sandalia ha tenido que pisar las tupidas jaras, tarajes, lentiscos y durillos y la sombra de los altos pinos y copudos alcornoques le ha librado de los rayos del sol que ya calientan demasiado. El Guadalquivir discurre manso y solemne y parece contagiado de esa nota de severidad, de sobriedad elegante, no exenta del colorido de la estallante floración que se manifiesta en jardines, rejas y patios andaluces. La hiedra, la pasionaria, el jazmín, el limonero, la madreselva, la rosa enredadera y otras plantas trepadoras tejen el tapiz de muchos de los blancos muros de los patios cordobeses y asoman a algunas de las callejas cercanas al convento, que está en el barrio de la Mezquita. Los olores de las flores y del propio jardín conventual son conocidos del santo. Por ellos puede adivinar que allí hay claveles, rosas, miramelindos, marimoñas, albahaca, y mucho dompedro fragante. El convento es una maravilla y las gentes de Córdoba hacen al santo una impresión indeleble. En su alma se ha metido también la hermosa ciudad andaluza. Lo mismo le sucede con Sevilla, donde no es tan céntrico el convento, más bien está en lugar deshabitado, en Los Remedios, al otro lado del río, pero percibiendo todo el encanto de aquel lugar, con su silencio, ese silencio especial de Sevilla que en su callar dice tanto porque es signo de espiritualidad y de cultura, creada por una larga tradición de arte, de poesía y de riqueza. Quizás aquel convento tendría el maravilloso encanto de «los compases» de estos maravillosos conventos sevillanos, donde una palmera, un ciprés y una florida maraña de jazmines sobre las paredes encaladas hacen un silencio y un encanto infinito, con el solo murmullo del agua en la taza de la fuente... Y, también el santo fué a Málaga, donde gustaba,

como en su viaje a Lisboa, a pasear junto al mar, sólo, con la Biblia en la mano, leyendo y entregándose a místicas contemplaciones.

No queremos terminar este capítulo sin aludir a un hecho importante en orden a la captación del paisaje por San Juan de la Cruz. Ya hemos dicho antes que él gustaba de recitar o cantar poesías y coplas durante sus viajes; los alternaba con las pláticas espirituales que sostenía con sus acompañantes. Un lego que le acompañó muchas veces, dice que cuando subía de Beas al Calvario, «iba siempre cantando». Dice también fray Jerónimo de San José que en compañía de religiosos «de las cosas del campo, de los ríos, montes, valles, del cielo que allí —en Granada— gozaban anchuroso y claro, tomaba motivo para tratar de las cosas celestiales y divinas». Así, la forma poética verbal será la dominante en los versos de San Juan de la Cruz. Estos brotaron en gran parte como expresión hablada o cantada de un desbordante lirismo, y así muchos quedaron sólo en eso; otros, retenidos en la memoria y repetidos una y otra vez, llegaron a adquirir una forma escrita, pero no por el santo, sino por sus hermanos de Orden, en especial por las monjas. Dice el P. Silverio que los versos del santo «se pegan al oído con la misma espontaneidad y fuerza que las mejores canciones folklóricas», pero no es sólo por su sencillez y naturalidad, sino porque hay en ellas un esencial e íntimo sentido de poesía cantada. Dejando aparte ese gran caudal de composiciones perdidas, hechas exclusivamente para cantar, pensemos que las conservadas son casi exclusivamente canciones, cantares, coplas y romances. En las distintas festividades religiosas del año el santo componía coplas. Una muestra de estas coplas es la improvisada en una noche de Navidad, siendo prior de Granada, en uno de aquellos actos que tanto gustaba. Acto encantador: con la Virgen en andas, el santo y unos frailes daban la vuelta al claustro, pidiendo posada en sus distintas puertas, cantando en cada una:

Del Verbo divino,
la Virgen preñada,
viene de camino
¿Si le dáis posada?

Muestran estas estrofas como en el ambiente carmelitano dominaba este gusto por la poesía cantada, hecho que en especial destaca en

la misma Santa Teresa. Como fray Juan, componía coplas en los viajes, según nos cuenta su capellán, Julián de Avila; de igual manera improvisaba villancicos en la hora de recreación y en las festividades de Navidad y Resurrección; y también, como el santo, el oír un cantarillo bastaba para arrobarle. El ambiente de la Reforma favorece, pues, el desarrollo de esta poesía concebida como canto, y que se liga a la vida espiritual.

VI

UBEDA: OLOR DE SANTIDAD Y VUELO
RENACENTISTA

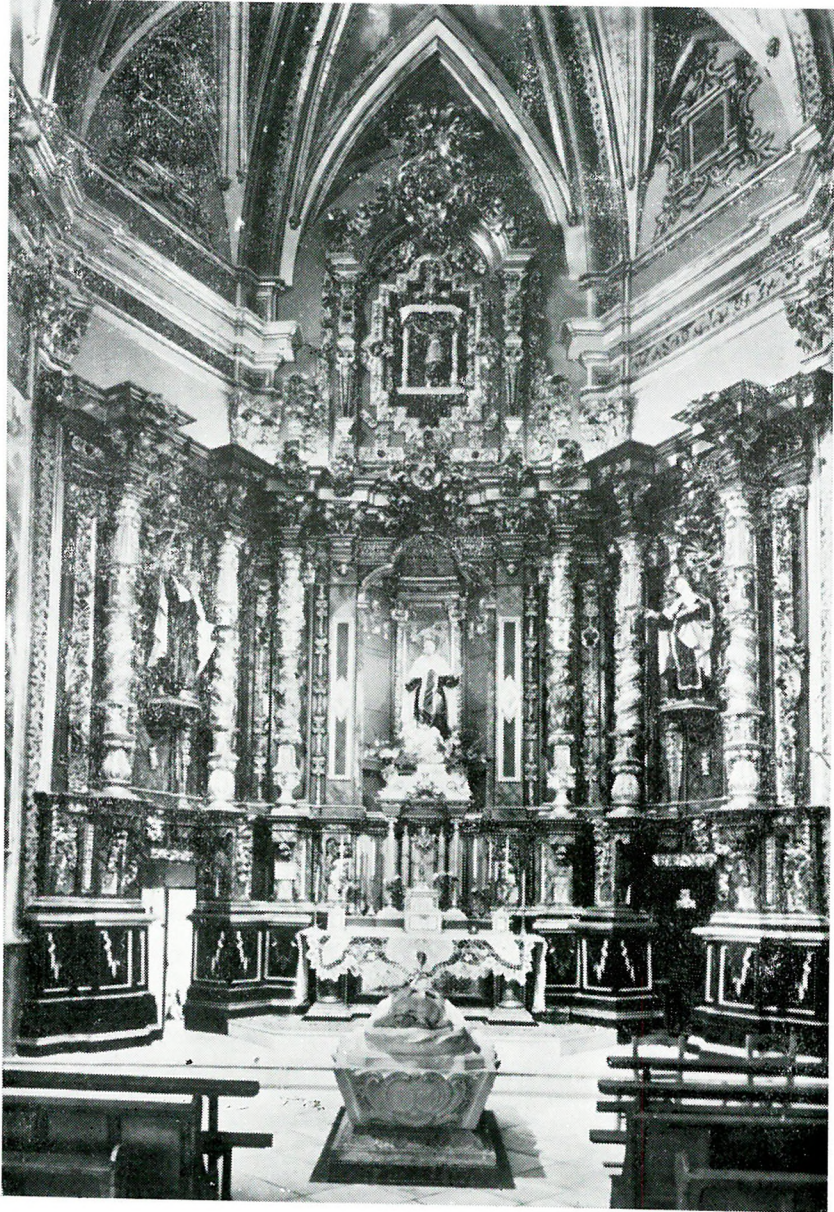
LA culminación de la vida de santidad de San Juan de la Cruz está en Ubeda, la ciudad del Renacimiento. Ubeda, prócer e hidalga, con su empaque imperial y solemne. Con cierta ingravidez que le comunica una secreta gracia al peso imponente de sus piedras; con un alerta andaluz en sus barrios bajos, de retorcidas callejas, con lienzos de muralla árabe y puertas que evocan las épocas de la Reconquista. A esta ciudad vino a morir este humilde frailecico que ganó la inmortalidad en la oscura y pobre celda, teniendo como pedestal la tarima de madera de su descanso corporal. Habían de gritar las mismas piedras la gloria excelsa del extático doctor, la gracia literaria de su hablar y de su escribir, la exaltación lírica de su amor divino, si no lo hubiesen proclamado las gentes que desoladas acudieron al día siguiente de la muerte del santo a ver su cadáver, a oler aquel olor de rosas que depedía, a gozar con el gozo mismo de la santidad y de la beatitud de la que era pálido reflejo aquel rostro que esbozaba la última sonrisa humana y parecía atisbar la gran sonrisa del abrazo de Dios. ¡Qué poco valor tienen las palabras cuando el alma quiere ver esta tremenda gloria y el corazón se esponja en emociones desconocidas!

Ubeda, síntesis y compendio del Renacimiento, recibió las últimas pisadas de fray Juan, hombre de su tiempo, gran poeta clásico y elegante, de fácil discurso y equilibrado ritmo. Era conocida la ciudad por el santo y en ella tenía grandes amigos. Desde los tiempos del Calvario iban a visitarle dignos caballeros, que eran gracia y ejecuto-

ria de la clásica hidalguía ubetense, perpetuada con una línea admirable de dignidad y cortesía. A Ubeda fué muchas veces el santo. Desde Beas, unas; desde Baeza, otras; desde Granada, varias. La ciudad es centro geográfico de la provincia y paso obligado para muchas de las direcciones de los viajes de fray Juan. Hasta para visitar a las monjas de Sabiote había de pasar por ella. Allí quiso morir. Y un día del mes de septiembre de 1591 sale de su entrañable retiro de La Peñuela, con una pierna inflamada. Ya no puede andar. Su ligera sandalia, que tanto ha hollado los polvos de todos estos caminos andaluces, ya no lo hará más. Va montado sobre un jumento. La brisa otoñal de la Sierra orea sus sienes enfebrecidas. Desde Vilches se descende hasta el Guadalimar. Cuenta su biógrafo que el paisaje es ameno: plácida hondonada, oculta entre altos cerros de suaves cumbres redondeadas; pequeña vega silenciosa, tímidamente recogida, como guardada por aquellas alturas, que se asoman a ver pasar el río entre álamos, adelfas y tarajes. El enfermo se detiene allí: un milagro más, el de los espárragos, adorna los últimos retazos de su vida. La mirada cansada otea por última vez el paisaje. Avidamente parece quiere guardar en su retina estos parajes donde la gloria del Creador se prodiga. Parece repetir una de sus más bellas estrofas:

Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

La gracia renacentista de sus versos, la cadencia y la euritmia clásicas, parecen aún más perfilados cuando, con el santo miramos las torres de la casi avizorada Ubeda. Hay, ahora, un paralelismo cultural entre Salamanca y Ubeda. Allá, Juan de la Cruz se inició en el conocimiento de una ciencia. Aquí está la experiencia hasta el último grado de realismo de la virtud de aquella ciencia. Y en el trasunto, esa apoyatura gramatical que es lira y canto, esa inmortal creación que es obra magna de una cultura. Es un momento importante de la historia de España. Y Dios, que no nos deja de su mano, envió a nosotros a este hombre con inspiración divina, dotado de una porten-



Oratorio de San Juan de la Cruz, en el convento de PP. Carmelitas, de Ubeda. Detalle del altar mayor

rosa intimidad y de una efusiva generosidad expresiva. Ahí está una gloria mas del Renacimiento cristianizado, hecho cascadas de luz y temblores de pálpito emocional. Ahí está el portentoso «Senequita» —como le llamaba familiarmente Santa Teresa— que con Garcilaso y Fray Luis de León había de señalar un hito señero en la poesía lírica española. Bucólico y pastoril concibe y escribe su «Cántico Espiritual» la mas castiza y bella expresión de poesía mística española y una de las más rotundas manifestaciones paisajistas, y admirable conjunción de sus grandes conocimientos bíblicos y clásicos. En esta fecundidad podremos afirmar que la poesía de San Juan de la Cruz es una unidad indivisible de materia y de espíritu, de místico conocimiento y concreta música, de naturaleza y de sueño, de inteligencia humana y de divino amor.

* * *

Va a morir el santo. Es la medianoche fría de mediados de diciembre. Taladrado de llagas, el enfermo edifica por su último esfuerzo de voluntad. Domina sus sentidos con una ascética macerada en años de observación fidelísima. ¿Qué cuentas va a rendir? Así y todo él rechaza todo halago y toda contentación. Es el caso de la heroica santidad española. Ni aún siquiera las músicas que le ofrece el hermano Pedro de San José. Pide que le lean el «Cantar de los cantares». Y el gusto por las obras hermosas de la naturaleza se le manifiesta hasta momentos antes de expirar. Cuando están leyendo uno de los versículos de dicho Cantar, comenta ilusionado: «¡Oh, qué preciosas margaritas!».

Así dejó este mundo, cuando la campana del convento tocaba a maitines. Fue a decirlos al cielo, para unir su estro a los coros angélicos en la eterna bienaventuranza de Dios.

¿No son reliquias vivas estos campos, estos ríos, estos mantes, estas fuentes, estas flores de nuestra Andalucía? Si lo son. En una carretera, la que conduce al Pantano del Tranco, desde Villanueva del Arzobispo, sobre una roca se lee la siguiente inscripción: «En este paraje de la ermita y convento del Calvario vivió San Juan de la Cruz

en los años 1578 y 1579. Cultivó una modestísima granja, empezó sus incomparables obras de mística teológica y escribió sublimes composiciones, modelos de perfección, arrullado por el Guadalquivir».

Así debían hablar todas las piedras de todos los caminos que pisó su bendita sandalia. Ha dicho un historiador que quizás la más espléndida ventura que cupo a Ubeda a lo largo de su historia es la de haber sido elegida por San Juan de la Cruz, para lugar de su glorioso tránsito. Creemos que esa ocasión de historia la tiene toda Andalucía, desde las alturas de Sierra Morena hasta las playas rumorosas del Mediterráneo.